

Del concepto de un *movimiento erudito*,
componente de la Pre-Ilustración

About the concept of a *scholarly movement*,
component of the Pre-Enlightenment

MICHEL DUBUIS

Université Lumière Lyon 2

CESXVIII, núm. 30 (2020), págs. 165-190

DOI: <https://doi.org/10.17811/cesxviii.30.2020.165-190>

ISSN: 1131-9879



RESUMEN

A partir de fines del siglo XVII se adoptan *erudito* y *erudición* en textos y luego en títulos de publicaciones. Es frecuente su empleo en relación con *crítico* y *crítica* y su asociación con la investigación histórica, pero también se refiere a un rechazo al aristotelismo escolástico. Feijoo es testimonio de la ampliación del sentido de *erudición*. ¿Puede hablarse de un «movimiento erudito»? Se inspira en Mabillon y Saint-Maur, en historiadores italianos y en Nicolás Antonio, tal vez en Vives. En torno a sus actores parece ir creciendo un público curioso, atento a una historia fundada en documentos de archivo auténticos.

PALABRAS CLAVE

Erudito, erudición, historiografía, Mabillon.

ABSTRACT

Since the end of 17th century, the Spanish growing use of *erudito* and *erudition*, often associated with the idea of criticism, means the choice of new ways of introduction to knowledge. Would it be convenient and useful to speak of an «erudite movement» as a constituent of the first Enlightenment? It is inspired by Mabillon and Saint-Maur, by Italian historians, by Nicolás Antonio, or perhaps by Vives. His actors work to communicate to a growing public their curiosity for a knowledge based on authentic historical documents and facts.

KEY WORDS

Erudite, erudition, historiography, Mabillon.

Recibido: 16 de enero de 2020. *Aceptado:* 18 de marzo de 2020.

Hace decenios, entre los temas que me sugería mi director de tesis, el Profesor Robert Ricard, acabé eligiendo uno tocante al siglo XVIII, «L'Espagne dans le mouvement érudit». Con el tiempo se fue especializando la investigación en la acogida de una influencia de los monjes eruditos franceses de San Mauro en la Congregación benedictina de España, llamada de Valladolid¹. Defendida la tesis y pasando los años, me doy cuenta de que en ninguna parte se me ha ofrecido a la lectura el término «movimiento erudito» sino en mi tesis y en algún artículo derivado de ella. Con los participantes en este monográfico acerca de los campos del saber en el siglo XVIII quise pues compartir mi interrogación en cuanto a la validez o a la utilidad de este término.

¿En qué consiste un movimiento literario? Podría intentarse definirlo como una corriente portadora de unos supuestos ideológicos o metodológicos que se manifiestan en obras de autores coincidentes en intereses nuevos, así como en una ruptura con tendencias en un tiempo dominantes pero ya en vías de agotamiento. Luego se han de observar los centros o polos de difusión de las nuevas tendencias, sus medios de transmisión y el público receptor. Pero primero conviene aquí apreciar el contenido del concepto de *erudito* y de *erudición*.

El *Diccionario de autoridades* (1726) presenta *erudito* como adjetivo y lo define con dos sinónimos: «Docto, sabio». La tercera edición del *Diccionario de la lengua castellana*, editado por la Real Academia de la Lengua (1791), le añade otro sinónimo o competidor, «instruido». No se registra su empleo como sustantivo, sin embargo presente en la literatura.

En cuanto a *erudición*, le da *Autoridades* una definición bastante general: «Doctrina, disciplina escogida y selecta». En cambio, el *Diccionario* de la RAE de 1791 la define: «Instrucción selecta y entendida en varias ciencias, artes y otras materias». Esta amplia y más concreta explicación sugiere que a lo largo del siglo ha ido creciendo el interés por la palabra y su concepto. Además no se refiere a una acumulación de conocimientos sino a un saber «entendido», es decir pensado y organizado.

¹ Michel DUBUIS, *L'Espagne et Saint-Maur. La Congrégation de Valladolid dans le mouvement érudit entre 1670 et 1790*, Thèse pour le doctorat d'État, Université de Paris -IV, 1982, 909 págs. Tesis inédita de la que tiene una copia el IFES.XVIII de la Universidad de Oviedo (signatura xxxv, A, 33-35).

Ilustra tal extensión del sentido la elección del adjetivo en el título de una de las obras más notables del siglo, las *Cartas eruditas* del P. Feijoo, cuya variedad de recursos a ciencias distintas no necesita enumerarse. La confirma y puntualiza un aprobante del tomo I de las *Cartas eruditas*, José Valcárcel Dato, quien alaba al Padre Maestro por ofrecer al lector «una selecta copia de la más curiosa física», y añade: «Esta importante parte de la buena erudición la miran nuestros nacionales con un poco de ceño o, por mejor decir, jamás la han mirado con bastante cariño»². La «buena erudición» es aquí lo que llamaríamos cultura y la voz «erudición» lleva pues consigo la idea de un deseo de saber más amplio que resulta necesario comunicar a un público carente de él.

Otro ejemplo de una amplia acepción de la voz «erudito» que no sería usual hoy es el título de «sabio erudito matemático» con que un arcediano de Niebla honra en un sermón a un literato admirador de Feijoo, Juan Luis Roche³. Los autores secundarios pueden ser buenos testigos del empleo y la difusión de una voz, y el mismo Roche nos ofrece una definición del erudito que se anticipa a la de la erudición en el *Diccionario* de 1791 y del uso de esta voz como sustantivo, que no recoge aún la Academia: «No es nada menos un erudito que un hombre docto y sabio instruido en todas las ciencias y artes»⁴.

Para seguir evaluando el alcance de la voz *erudito*, comparemos los títulos de las dos grandes publicaciones de Feijoo, *Teatro crítico universal* (1726-1740) y *Cartas eruditas y curiosas* (1742-1760). Considerando la continuidad entre ambas series de escritos, surge la idea de que la reflexión crítica viene implicada en la erudición como la conciben Feijoo y sus lectores. Y si acercamos «universal» y «curiosas», vemos confirmada la ambiciosa amplitud de campos de tal erudición, y sugerida la idea de que la adquisición del saber ha de ser fruto del deseo que el atractivo del mismo saber hace brotar en la mente. En el siglo XVIII ya no es impertinencia la curiosidad: viene a ser virtud intelectual y viene presentada como deseo de saber⁵. Andrés Marcos Burriel acentúa esta nueva valoración al reprochar a la enseñanza de su tiempo ahogar las capacidades intelectuales de los alumnos desenclavándoles «el muelle que Dios nos

² «Aprobación», 8 de marzo de 1742, en Benito Jerónimo FEIJOO, *Cartas eruditas*, t. I, edición crítica de Inmaculada Urzainqui y Eduardo San José Vázquez, Oviedo, IFES.XVIII / Ayuntamiento de Oviedo / KRK Ediciones, 2014, pág. 156.

³ Luis Ignacio CHACÓN, *Las gloriosas santas tutelares de Sevilla Justa y Rufina, Triunfantes de la impureza y de los vicios... en el Terremoto...*, Sevilla, 1756.

⁴ Juan Luis ROCHE, «Carta a D. Miguel Andrés Panés y Pabón», *Disertación médica-moral*, Puerto de Santa María, 1757, pág. 38.

⁵ Michel DUBUIS, « De la curiosité au désir de savoir, d'un péché à une vertu intellectuelle », en *Textures*, 9 (2003), *Figures de Narcisse*, dir. Jean-Charles Margotton, Lyon, Centre de recherche « Langues et Cultures européennes », págs. 289-317.

puso a todos de ansia natural de saber»⁶. Se trata en esto del rechazo de una tendencia ideológica de influencia eclesiástica que hacía mirar como desarreglo el querer ir más allá del saber ya constituido, como secundarias las ciencias profanas y desaconsejado su estudio a los religiosos.

Es al respecto notable la *Carta erudita* 18 del tomo IV (1753), «Impúgnase un temerario que... pretendió probar ser más favorable a la virtud la ignorancia que la ciencia». Sin nombrar a Rousseau critica Feijoo su disertación premiada por la Academia de Dijon en 1750. Percibe el razonamiento de Rousseau como sofistería y por cierto hubo de parecerle paradójico, y contradictorio con la orientación de su propia obra hacia una restauración y reorientación de la actividad intelectual en España. «Hacer erudita a España fue su intento y es su triunfo», decía de Feijoo en 1737 el jesuita Felipe de Aguirre⁷. El mismo intento le atribuye a Mayans, en 1744, otro jesuita, Andrés Marcos Burriel: «No dudo que Vmd., que como astro de primera magnitud brilla hoy entre los eruditos de España... está empeñado en hacerla erudita»⁸. Tal expresión traduce la fuerza atractiva de aquel adjetivo por lo que conlleva de nueva orientación del saber y de sus métodos de adquisición. Por los mismos años en que redacta Feijoo su crítica a la disertación de Rousseau observa Burriel la capacidad de aplicación que existe en España: «Se estudia hoy más acá que en ninguna nación». Y formula el objetivo que se está presentando al mundo intelectual español: «la reforma de estudios y de ideas»⁹.

Apoya Feijoo su respuesta al discurso de Rousseau en el *Traité des études monastiques* (Paris, 1691) de Dom Jean Mabillon, benedictino, que maneja en su traducción española, *Tratado de los estudios monásticos* (Madrid, 1715). Fue el punto de partida de nuestra investigación. Contestaba Mabillon al tratado *De la sainteté et des devoirs de la vie monastique* (1683), en que el famoso reformador de la Trapa, Rancé, atacaba ásperamente a los benedictinos de la Congregación de San Mauro declarando que los estudios no convenían a los monjes. Observaba Mabillon que desde San Benito había sido siempre el estudio tradición de la orden; era alimento de la espiritualidad y defensa contra los desórdenes que trae el ocio.

La Congregación de San Mauro se había constituido en 1620 como reforma de la orden benedictina en Francia. Su cabeza, primero en la abadía de

⁶ Andrés Marcos BURRIEL, *Apuntamientos de algunas ideas para fomentar las letras*, en Alfonso Echánove Tuero, S.I., *La preparación intelectual del P. Andrés Marcos Burriel (1731-1750)*, Madrid / Barcelona, Instituto Enrique Flórez / CSIC, 1971, pág. 318.

⁷ Carta a Feijoo, 1 de noviembre de 1737, en Pedro de CALATAYUD, *Doctrinas prácticas...*, t. II, Valencia, 1737, preliminares (se publica con la respuesta de Feijoo y su opinión acerca de la obra del P. Calatayud).

⁸ Gregorio MAYANS, *Epistolario*, t. II, *Mayans y Burriel*; ed. Antonio Mestre, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1972, pág. 11.

⁹ BURRIEL, *Apuntamientos de algunas ideas para fomentar las letras*, págs. 307 y 259.

Saint-Maur-des-Fossés, cerca de París, había pasado en 1631 a la de Saint-Germain-des-Prés, a la salida misma de la ciudad. Uno de los objetivos que le dieron sus promotores fue nutrir la reflexión del clero con ediciones seguras de los Padres de la Iglesia fundadas en los mejores manuscritos. De ahí una empresa de búsqueda de textos que llevó a algunos monjes escogidos a viajar por los archivos monásticos y eclesiásticos. A la edición de obras patrísticas siguió la construcción de trabajos históricos: historia de la orden (*Annales Ordinis Sancti Benedicti*, cuyos tres primeros tomos, dirigidos por Mabillon, salieron entre 1703 y 1706) y edición crítica de las actas de los santos benedictinos (*Acta Sanctorum O.S.B.*, 1668-1701). Merece señalarse el paralelismo de esta empresa hagiográfica con la de los jesuitas de Amberes, que, frente a las críticas protestantes a la hagiografía católica, fueron dando, a partir de 1643, ediciones críticas de las actas de todos los santos (*Acta Sanctorum omnium*). El papel que tuvo en su dirección el P. Jean de Bolland dio a los editores su apelación de bolandistas.

Con el estudio atento y la publicación de documentos procedentes de variados archivos y con su uso como fundamentos de la construcción historiográfica contribuyeron los maurinos en la constitución de la historiografía moderna y en el desarrollo de las ciencias auxiliares de la historia. Destaca Mabillon con su tratado *De re diplomatica* (1682), es decir de la diplomática, ciencia que estudia todas las características materiales y de lengua de los documentos de archivos, llamados diplomas¹⁰. Más tarde Dom Bernard de Montfaucon, por otra parte helenista, contribuyó a la difusión de la epigrafía y del estudio de los monumentos figurados con los ricos volúmenes de *L'Antiquité expliquée et représentée en figures* (15 tomos, París, 1719-1734) y de los *Monuments de la monarchie française* (5 tomos, 1729-1733). Así contribuiría a alentar una nueva forma de interés por la historia en un público culto bastante extenso¹¹.

Teniendo la vida monástica tres polos: el canto de los oficios (*opus Dei*), la lectura y meditación de la Escritura (*lectio divina*) y el trabajo manual y agrícola (*labor*), considera Mabillon que el estudio y composición de escritos puede resultar sustituto penoso del trabajo manual. Admite una amplia extensión de los saberes accesibles a los monjes, incluyendo en ellos, aunque con prudencia, la física. La comprensión de las Escrituras supone el recurso a varias ciencias profanas y, por encima de todo, «cualquier verdad procede

¹⁰ Véase José Manuel RUIZ ASENCIO, «Los orígenes de la Diplomática y la Paleografía como ciencia. Mabillon y el Nouveau Traité», en *III Jornadas de la Sociedad Española de Ciencias y Técnicas Historiográficas. Diplomática antigua. Diplomática moderna*, Murcia, Universidad de Murcia, 2005, págs. 15-34.

¹¹ También pudo haber contribuido al nacimiento del gusto romántico por lo gótico. Huellas de su influencia hay en la obra de Gil y Carrasco.

de [Dios], y por consiguiente debe uno amarla». Recomienda a todos «un gran amor a la verdad que los liberará de cualesquiera prejuicios». Mira la ciencia como una participación en el movimiento creador de Dios y como un servicio: «La science imite son original, qui est la Sagesse, laquelle ne demande qu'à se communiquer». Desde luego su fin es «travailler pour les autres» («trabajar por los demás»)¹². Y declara que «la ignorancia no sirve para nada cuando la ciencia puede servir para algo»¹³. Tal idea de la utilidad de la ciencia tiene parentesco con un rasgo de lo que había de ser el pensamiento de las Luces y se echa de ver que Mabillon podía haber sido un apoyo a la reflexión de Feijoo cuando este declaraba:

No hay verdad alguna cuya percepción no sea útil al entendimiento, porque todas concurren a saciar su natural apetito de saber. Este apetito le vino al entendimiento del Autor de la Naturaleza. ¿No es grave injuria de la Deidad pensar que ésta infundiese al alma el apetito de una cosa inútil?¹⁴.

Apoya pues Feijoo en Mabillon su llamamiento al estudio y a la adquisición de unos saberes que lleven a sus lectores a un conocimiento objetivo y reflexionado del mundo en que están viviendo. Aparece así San Mauro como posible fuente de un movimiento de aspiración al saber en el ambiente español¹⁵. Cabe ahora preguntarse cuándo y en qué círculos se manifestó primero aquella atracción de los eruditos maurinos.

Entre los correspondientes de Mabillon aparecen dos benedictinos españoles significativos. El que tuvo con él la correspondencia más seguida (1686-1698) fue fray José Sáenz de Aguirre (1630-1699), monje de San Millán de la Cogolla y profesor en Salamanca, que pasa de una cátedra de teología escolástica a otras de teología moral y de Santa Escritura: un recorrido desacostumbrado. Expone la teología de un doctor benedictino anterior a Santo Tomás, San Anselmo, y proyecta una nueva edición de los concilios regionales de España y del Nuevo

¹² «La ciencia imita a su original, que es la Sabiduría, y ésta no desea sino comunicarse». Traducimos de Dom Jean MABILLON; *Traité des études monastiques*, parte II, cap. XV, ed. de Bruxelles, 1691, pág. 421.

¹³ MABILLON, *Réflexions sur la Réponse de M. l'Abbé de la Trappe*, Paris, 1692, art. XXVII.

¹⁴ FEJOO, *Cartas eruditas*, t. II (1745), discurso XVI, «Causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales», núm. 11 (CE, II, 16, 11).

¹⁵ Sobre la recepción de Mabillon en España, véase Michel DUBUIS, «Érudition et piété. La réception du *Traité des études monastiques* de Mabillon en Espagne», en Joël Saugnieux (dir.), *Foi et Lumières dans l'Espagne du XVIII^e siècle*, Lyon, Université de Lyon, 1985, págs. 113-165. Sobre la adquisición de obras de Mabillon por el monasterio de San Vicente de Oviedo, donde residía Feijoo, véase María Josefa SANZ FUENTES, «La biblioteca del colegio de San Vicente de Oviedo a través de los “libros de depósito”», en *Primer Congreso de Bibliografía Asturiana*, II, Oviedo, Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias, 1989, págs. 852-861.

Mundo. Escritura, Padres de la Iglesia y concilios son tres fuentes de la teología expositiva, distinta de la especulativa, como es la de la Escuela. En una carta a Mabillon haría sin ilusión un balance de su actividad universitaria: «Multa dictavi, scripsi et typis expressi, parum utilia». Y expresaría su hastío del método escolástico:

... magni temporis pars insumitur, jactura irreparabili, in quaestionibus prorsus inutilibus et simillimis aranearum telis, in quibus nihil praeter subtilitatem est¹⁶.

En aquella carta le agradece a Mabillon el envío del *Traité des études monastiques*, en el que ha observado las reservas del autor hacia los métodos de reflexión y exposición de la Escuela.

Ya en 1680 se dirigía Aguirre a Dom Luc d'Achery, maestro de Mabillon en Saint-Germain-des-Prés, diciéndole que había visto diez tomos de su *Spicilegium* en casa del marqués de Mondéjar, en Madrid. El *Spicilegium*, que alcanzó los trece tomos, era una reunión de escritos varios útiles a la construcción histórica recogidos, o «espigados», en archivos. En 1686, escribiendo a Mabillon, le dice Aguirre que vio su *De Re diplomatica* en Madrid, en las bibliotecas de Juan Lucas Cortés y Pedro Valero Díaz. Ambos han de relacionarse con el marqués de Mondéjar. Cortés llegó a ser consejero de Castilla, dejó varios escritos de historia y fue uno de los que contribuyeron a la colección de concilios españoles de Aguirre. Valero fue Justicia de Aragón. Se ve que entre personajes distinguidos de la nobleza y alta administración existió un círculo acogedor a los trabajos de los maurinos en Madrid. Y con el círculo madrileño de Mondéjar estaría relacionado el colegio benedictino de Salamanca.

En su carta de 1680 Aguirre, como abad del monasterio colegio de San Vicente de Salamanca, le mandaba a Achery los saludos de los siete maestros de aquella casa. Éstos pues formarían un mundillo atento también a la obra de los maurinos y a sus novedades¹⁷.

Entre los maestros de San Vicente se encuentra entonces fray José Pérez de Rozas (1640-1696), cuyo recorrido universitario resulta original: no pretende cátedra alguna de filosofía sino la de matemáticas, y luego la de hebreo. Se sabe

¹⁶ «De lo mucho que dicté, escribí y di a la imprenta, bien poco era útil... Gran parte del tiempo se consume, con irreparable pérdida, en cuestiones enteramente inútiles y muy semejantes a unas telarañas en las que no hay nada sino sutilidad» (Aguirre a Mabillon, 22 de enero de 1692, en Dom Vincent THULLIER, *Ouvrages posthumes de Jean Mabillon et de Thierry Ruinart*, Paris, 1724, t. I, págs. 398-400).

¹⁷ Michel DUBUIS, «San Vicente de Salamanca, centro inicial de un "movimiento erudito" en el tránsito del siglo XVII al siglo XVIII», en Pierre Civil y Françoise Crémoux (eds), *Nuevos caminos del hispanismo... Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2010, págs. 74-84.

que aprecia a Hobbes porque es a la vez filósofo y matemático. Se dedica fray José Pérez a trabajos de historia, especialmente de cronología: fecha de la Era española, que resuelve más acertadamente que Mondéjar, o la de la muerte de San Benito, a la que se acerca bastante bien. Manda sus *Dissertationes ecclesiasticæ* (Salamanca, 1688) a Mabillon, que de él tiene buen concepto. Sueña con imitar a los maurinos reuniendo documentos tocantes a la historia de la Orden benedictina en España, y a sus santos. Ya jubilado, emprende una historia de su monasterio de profesión, el de Sahagún, acompañada de documentos copiados del archivo, pero esta publicación se la impidió la muerte. Traduce el *Traité des études monastiques* de Mabillon.

Nos descubren los padres Aguirre y Pérez dos tendencias constitutivas de un posible «movimiento erudito»: el rechazo a la escolástica y el anhelo por una reflexión histórica apoyada en unos documentos concretos y auténticos. Ilustran una observación de Antonio Mestre: «Frente a la escolástica universitaria, la apertura venía por los estudios históricos»¹⁸.

Nombrado cardenal por haber publicado una defensa de la autoridad papal frente a la *Déclaration du clergé de France* de 1682, llega Aguirre a Roma en 1686. Allí publica su *Collectio maxima conciliorum Hispaniæ et Novi Orbis* (1693-1694), que rompe con la marginalización de España en el mundo intelectual europeo: la saludan en París el *Journal des savants* y en Leipzig *Acta eruditorum*.

Aguirre editó sus *Concilios* con la ayuda de un joven valenciano, Manuel Martí, que le presentó un poema en hexámetros latinos en torno a una crecida del Tíber, *De alluvione Tiberi* (Roma, 1688). El buen conocimiento de las lenguas clásicas es campo propio de la erudición y el afán por restaurar su práctica puede haber sido componente de un «movimiento erudito». En Salamanca tuvo fama Aguirre de escribir buena prosa y buenos versos latinos. Distinguiéndose del latín universitario, ostenta fray José Pérez en sus escritos un latín cuidado enriquecido con helenismos.

Nacido en Oropesa, había cobrado Martí afición al latín con un maestro de gramática de Castellón, testimonio de la subsistencia, por lo menos en aquella provincia de España, de una corriente del humanismo heredado del siglo anterior. Se va a Valencia a estudiar filosofía y teología pero le hastía la enseñanza de la universidad y se da a conocer en la academia del Parnaso con sus versos latinos y castellanos. No encontrando en Valencia quien le enseñe el griego, pasa a Roma, donde se hace pronto helenista y adquiere un gran conocimiento de los clásicos griegos como latinos. Es admitido en la academia de los Arcades, trata

¹⁸ Antonio MESTRE, *Despotismo e Ilustración en España*, Barcelona, Ariel, 1976, pág. 77.

con los mejores humanistas y científicos en un ambiente romano que califica Mestre como de tolerancia y libertad¹⁹.

Resultó esencial su colaboración con Aguirre en la edición de los concilios y documentos anejos tocantes a la historia de la Iglesia, pero no hubieron de faltar las divergencias. Recuerda Martí que le aconsejó al cardenal no aludir a la venida de Santiago a España, y este la mantuvo. Otro hecho de índole leyendaria era la aparición de María a Santiago en un pilar, en la futura Zaragoza. Aguirre la presenta como «sin fundamento entre los antiguos y ajena a la verdad aunque en efecto resulte posible en lo absoluto»²⁰. Medio siglo después le reprocha Gregorio Mayans, discípulo de Martí, el haber hablado en este caso como escolástico tomando en consideración la posibilidad, que no tiene lugar en la historia²¹. Notable resulta el enlace así denunciado entre el razonamiento especulativo de la escolástica y la aceptación de hechos leyendarios o imaginarios introducidos en la historia por la literatura apócrifa.

Las deficiencias de la historia de España en cuanto a los principios del cristianismo, los vacíos documentales causados por las invasiones eran llamamientos a que se colmasen aquellos huecos con hechos supuestos y relatos leyendarios que halagaran, además, la conciencia de ser una nación elegida para la defensa del cristianismo. El siglo XVI vio establecerse la hegemonía de España en Europa, no sin conflictos y resistencias, que justificaban su defensa y glorificación. El siglo se ilustró también con los trabajos de humanistas y eruditos que, alentados por el apoyo de Felipe II, fueron descubriendo documentos y crónicas que aclaraban la historia antigua o medieval de la Península. Aquellas revelaciones hubieron de inspirar la elaboración de documentos supuestos entre los que descuellan los famosos plomos de Granada y las crónicas atribuidas a personajes medievales, alguna vez mentados, o bien imaginarios, que compusieron el jesuita toledano Jerónimo Román de la Higuera e imitadores suyos. Aquellos textos fundaron gran parte de su éxito en los antiguos orígenes con los que adornaban ciudades, iglesias locales, establecimientos religiosos y casas nobles en una sociedad aristocrática en la que la antigüedad traía primacías y privilegios. Se hacía impensable poner en duda esos relatos que eran

¹⁹ MESTRE, *Despotismo e Ilustración en España*, pág. 40. Las etapas de la vida de Martí, como él quería recordarlas, pueden leerse en *Emmanuelis Martini, Ecclesiae Alonensis decani, Vita, scriptore Gregorio Maiansio, generoso valentino*, estudio preliminar, edición bilingüe y comentario de Luis Gil, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1977 (Serie Menor – III).

²⁰ «... sine fundamento apud antiquos, et a veritate alienum, quamvis enim id sit possibile absolute», Fr. José Sáenz de Aguirre, *Collectio maxima conciliorum Hispaniae et Novi Orbis, epistolarumque decretalium celebriorum...*, Romae, Komarek et De Rubeis, 1693-1694, t. I, pág. 153.

²¹ Carta al nuncio Enríquez, diciembre de 1751, en Antonio Mestre, *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del XVIII*, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1970, pág. 557.

«honra» de sus beneficiarios, como argumentaba fray Gregorio Argañiz, cronista de Montserrat, que acogía de buen grado las aportaciones de los que la crítica llamó «falsos cronicones»²².

En 1666 pide un obispo de Segovia al futuro marqués de Mondéjar que le aclare la historia de San Hieroteo, fundador atribuido a la iglesia de Segovia por unas fuentes apócrifas. La disertación del marqués demuestra que aquel supuesto santo no tiene existencia histórica, pero no impide que el obispo declare a Hieroteo patrono de Segovia y mande buscar sus reliquias. La tertulia del marqués en Madrid viene a ser más tarde un punto de resistencia a los falsos cronicones, y objeto de crítica por parte de los afectos a estos.

Vacilante ante las decisiones críticas, dejase sin embargo convencer Aguirre por Manuel Martí para otra empresa editorial: la publicación de la primera parte de la *Bibliotheca hispana* de Nicolás Antonio. Este, su condiscípulo en Salamanca, había llegado a ser *agente de preces* en Roma, un cargo diplomático. Ya en 1670 estaba conocido en Saint-Maur como hombre de gran mérito. En 1672 publica en Roma una gran obra de erudición, su *Bibliotheca hispana nova*, bibliografía de los autores españoles de los siglos XVI y XVII. Se supone que no había publicado la primera parte, *Bibliotheca hispana vetus*, tocante a los autores anteriores a 1500, porque en ella demostraba que eran autores supuestos aquellos a quienes se habían atribuido crónicas de reciente elaboración. Había estado Nicolás Antonio relacionado con el marqués de Mondéjar. Cuidada por Martí, se publica esta parte *vetus* en Roma en 1696. Unos decenios más tarde prosigue Gregorio Mayans, como discípulo de Martí, la obra de recuperación de los escritos críticos de Nicolás Antonio y publica en 1742, en Valencia, su *Censura de historias fabulosas*²³.

Para contribuir a la extensión de un espíritu crítico en la historiografía quiere Mayans publicar o reeditar los escritos del marqués de Mondéjar, pero la *Censura de historias fabulosas* ha provocado una denuncia al presidente del Consejo de Castilla por parte de los canónigos del Sacro Monte de Granada, guardianes de los celebrados plomos, que ofrecen una supuesta historia de los primeros tiempos del cristianismo en España. Manda el cardenal Molina incautar los papeles de Mayans y su impresor Bordazar. Cuenta Burriel que no fue sin resistencia del Consejo:

²² Ver José GODÓY ALCÁNTARA, *Historia crítica de los falsos cronicones*, reed. fac-simile, Madrid, Editorial Tres Catorce Diecisiete, 1981 (1.ª ed., Madrid, 1868).

²³ Sobre la relación entre Nicolás Antonio y Mondéjar, la corriente de crítica histórica que lleva de ellos a Mayans, y la vacilación entre apología y criticismo durante el siglo XVIII, véase Antonio MESTRE SANCHIS, *Apología y crítica de España en el siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons, 2003, págs. 47 y ss. Del mismo, véase «Crítica y apología en la historiografía de los novatores», *Studia historica. Historia moderna*, 14 (1996), págs. 45-62.

El cardenal alborotó la Sala de Gobierno, y aunque resistieron terriblemente a sus ímpetus D. Andrés González de Barcia y D. Andrés de Bruna, eruditos y críticos, no pudieron impedir que el cardenal enviase orden a Valencia...²⁴.

Tal testimonio sugiere que entre los círculos rectores de la sociedad española iba o seguía propagándose un movimiento de atención a una historiografía erudita y crítica. Otro testimonio de Burriel, hacia 1750, deja suponer un interés creciente por la gran obra de erudición que es la *Bibliotheca hispana* de Nicolás Antonio: «Yo he conocido valer esta obra 12 pesos; hoy vale 100, señal clara que ha crecido mucho el conocimiento y buen gusto»²⁵.

Observa Burriel que esta obra merecía completarse y continuarse pero no manifiesta entera confianza en el trabajo que dejó inacabado Andrés González de Barcia. Por una carta de Mayans se sabe que un canónigo de Sevilla, José Cevallos, tenía en 1752 el mismo proyecto. Parece que trabajó en él entre 1758 y 1762, pero su muerte prematura le impidió llevarlo a cabo²⁶. La reedición de la *Bibliotheca hispana* (la *nova* en 1783, la *vetus* en 1788) fue obra de un valenciano amigo de Mayans, Francisco Pérez Bayer, que había estudiado el hebreo e incluyó en la parte *vetus* la *Bibliotheca hispano-rabbinica*, cuyo manuscrito había recibido Martí, a principios de siglo, de un heredero de Nicolás Antonio.

El eco de la *Bibliotheca hispana* se encuentra en el título de otras empresas eruditas. Hace mención Burriel del proyecto de un doctor Eguiara Eguen, canónigo de México, de una «Bibliotheca americana septentrional», que también viene referida como *Bibliotheca mexicana* y quiere ser una historia de los varones eruditos que nacieron en la América septentrional²⁷. Otro proyecto conoce Burriel, el de una «Bibliotheca Americana Meridional» que emprende D. José Pardo de Figueroa, corregidor del Cuzco, cuya temprana muerte lamenta fray Martín Sarmiento, así como la dispersión de su selecta biblioteca. Había publicado Pardo de Figueroa una *Breve disertación sobre la fundación, nombre y antigüedad de Sevilla, o Hispalis, e Italica* (s. l., 1732) en la que solo tenía en cuenta los datos históricos comprobados. Viene a ser otro ejemplo de la adhesión de un alto funcionario real a una corriente erudita y crítica. Es coresponsal de Sarmiento y publica en 1732, en Madrid y Valencia, una *Epistola latina* a Mayans.

²⁴ BURRIEL, *Apuntamientos de algunas ideas para fomentar las letras*, pág. 299.

²⁵ BURRIEL, *Apuntamientos de algunas ideas para fomentar las letras*, pág. 291.

²⁶ Sobre la relación entre Cevallos y Mayans, Antonio MESTRE SANCHIS, *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del XVIII*, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, págs. 294-295.

²⁷ BURRIEL, *Apuntamientos de algunas ideas para fomentar las letras*, pág. 285. Véase el trabajo en preparación de María Fernández Abril, «La influencia de Feijoo en Eguiara y Eguen».

Llamado a Madrid por el P. Rávago, confesor del rey Fernando VI, el sacerdote sirio Michel Casiri publica en dos tomos en folio (Madrid, 1760-1770) su *Bibliotheca arabico-hispana escurialensis*, catálogo de los manuscritos árabes del Escorial, cuyo título recuerda el de la obra de Nicolás Antonio. Hubo de contribuir Casiri a la renovación del estudio del árabe, pues se sabe que, por ejemplo, los hermanos Rodríguez Mohedano enviaron a aprenderlo con él a tres religiosos de la provincia de Andalucía de la Tercera Orden Regular franciscana²⁸.

La obra de Nicolás Antonio puede aparecer como el esbozo en España de un nuevo género: la historia de la literatura. Cuando se reedita su obra, ya apareció un nuevo término, la «historia literaria», con la *Historia literaria de España* de Fr. Rafael y Fr. Pedro Rodríguez Mohedano (Madrid, ocho tomos en nueve volúmenes, entre 1766 y 1781). El prólogo reconoce bastante claramente su inspiración en la *Histoire littéraire de la France* que un monje de Saint-Maur, Dom Antoine Rivet de la Grange, fue publicando a partir de 1733. Conviene no olvidarse de la contribución a este género de Fr. Martín Sarmiento, con sus *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, que salió a luz después de su muerte (Madrid, 1775).

Esta continuación del papel de modelo de los maurinos lleva a examinar qué relaciones intelectuales pudieron establecerse entre la congregación francesa y la de Valladolid. En 1701 es mandado a París fray José Yáñez de Barnuevo con una misión que no aclara su carta de despedida a Mabillon²⁹. Se trataba de una nueva edición del breviario benedictino (París, 1704), pero no se expresa qué apoyo buscaban los superiores de Valladolid en los maurinos. Éstos, tal vez poco confiados en las orientaciones historiográficas de sus hermanos españoles, tardaron en pedirles ayuda en la construcción de sus *Annales O.S.B.* Es en 1711 cuando fray Manuel Navarro, catedrático de teología, y tal vez introductor del pensamiento de Malebranche en Salamanca, recibe una respuesta de Dom René Massuet a una carta suya³⁰. Massuet es uno de los sucesores de Mabillon y le manda a Navarro una lista de preguntas cuyo fin es conseguir datos sobre la historia de los monasterios de la Congregación de Valladolid. Hubo de transmitir Navarro aquel documento a su abad general, fray Pedro Magaña (1709-1713), y este lo enviaría a los monasterios. Las respuestas de los monasterios, algo más de cuarenta, están reunidas en el volumen *Monasticon hispanicum*, ms. 321 del

²⁸ De consultar sería José Luis SOTO PÉREZ, «Un arabista del siglo XVIII: el franciscano fr. José Banqueri, T.O.R. (1745-1818)», *Boletín del Centro de Estudios del Siglo XVIII*, 7-8, págs. 156 y sigs., y del mismo, *Arabismo e Ilustración*, Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII, 1985.

²⁹ B.N.F., Fonds français, ms 19650 (D. Mabillon, *Correspondance*, t. II), f^o 178 r^o.

³⁰ Borrador, del 22 de septiembre, en BNF, Fonds français, ms. 19.664, fol. 17.

Fonds espagnol de la Biblioteca Nacional de Francia. Vienen las noticias en dos series, una de 1714, la otra de entre 1722 y 1724. Esto puede sugerir que hubo tardanza en varios monasterios en cumplir con lo pedido, pero continuidad en los superiores en satisfacer a sus hermanos maurinos. Resulta desigual la calidad de estas noticias. En alguna de ellas se recurre aún a los cronicones. Muchas se redactan en castellano, cuando Massuet las pedía en latín. Es probable que los superiores de la Congregación de España hubieran querido provocar en sus monasterios una emulación con el ejemplo de sus hermanos franceses. Era una forma de mejorar la imagen de su orden, que sentirían algo desmejorada en la sociedad de su tiempo. Al proyecto de sembrar en los monasterios la afición al estudio hubo de responder la edición de una traducción del *Traité des études monastiques* de Mabillon. Viene presentado el *Tratado de los estudios monásticos* (Madrid, 1715) por el anterior general, Pedro Magaña, que había pasado en su juventud por San Vicente de Salamanca. De seguir el testimonio de fray Martín Sarmiento, parecería que este libro no despertó gran interés entre los monjes españoles: «El que no los miraba sino con olvido, se puede decir que fue el que más los estimó»³¹.

En cambio, en otros ambientes vienen recibidos como ejemplares el espíritu de estudio y el pensamiento crítico de Mabillon. Se refieren a él fray Jacinto Segura, dominico, en su *Norte crítico* (Valencia, 1733) y el médico valenciano Andrés Piquer en su *Lógica moderna* (Valencia, 1747), recogiendo éste las observaciones críticas de los *Estudios monásticos* acerca del método escolástico de las cuestiones, porque éstas «no solamente son inútiles, sino que oscurecen la verdad»³². Del movimiento de un público lector hacia Mabillon es testigo Burriel: «¿No andan ya en manos de muchos los Estudios monásticos del P. Mabillon?»³³.

Es de notar la preferencia de Segura por un «estilo llano y claro» que llega a llamar «estilo histórico»:

Los aficionados a la historia escrita con adornos y hermosura, de ordinario son ingenios superficiales, que no aspiran a buena erudición y noticias de verdades, ni al provecho de la lección histórica. Los sinceros lectores no echan menos estos accidentes en el estilo histórico³⁴.

³¹ *Cartas del Rmo Sarmiento a Nstro Rmo. General*, Archivo de la Abadía de Santo Domingo de Silos, ms. 77, núm. 17, págs. 23-24. La fecha más probable de esta carta es 1757 y el destinatario ha de ser fray José Balboa.

³² Andrés PIQUER, *Lógica*, 3.ª ed., Madrid, 1781, págs. 167-168.

³³ Burriel a Mayans, 12 de mayo de 1745, en Gregorio MAYANS, *Epistolario*, t. II, carta 19, pág. 105.

³⁴ Fray Jacinto SEGURA, *Norte crítico*, Valencia, 1736, t. I, págs. XXXI y XXVIII.

Comparten su preferencia otros coetáneos suyos, entre ellos Feijoo, que declara rechazar la afectación y aconseja naturalidad y propiedad³⁵. Le hace eco a Mabillon, que recomienda evitar la afectación y cultivar la claridad, la propiedad de las voces, el buen arreglo de las frases y la brevedad³⁶. En alguna manera tiene el estilo un alcance, no solo estético, sino ideológico.

Otra enseñanza de Mabillon viene repetida por Sarmiento en varias cartas suyas a generales recién elegidos: es el beneficio del estudio como apoyo de la vida monástica. «Para que en nuestra religión se acalore la virtud», le escribe en 1757 al nuevo general fray José Balboa, «es preciso acalorar las letras primero». Es el medio para conseguir «una estimación así de Dios como del mundo»³⁷. Es consciente, pues, de la necesidad de restaurar la imagen social del monje. En la acostumbrada *carta acordada* que el padre Balboa manda a los monasterios al principio de su generalato (1757), llama otra vez a seguir el ejemplo de los maurinos y reinterpreta la imagen de San Benito con la *Regla* en la mano, que es de tradición en los monasterios, para dar la imagen de un abad que anime a sus monjes al estudio, «con el báculo en la siniestra y en la diestra un libro». Un efecto del estudio ha de ser «desterrar el ocio en los intervalos del coro»³⁸.

Pocas publicaciones pueden suponerse frutos de la voluntad de los superiores benedictinos de fomentar los trabajos históricos en su congregación³⁹. Fray Francisco de Berganza (1663-1738) publica en dos tomos, con el título de *Antigüedades de España* (Madrid, 1719-1721), una historia de Castilla centrada en su monasterio de San Pedro de Cardeña. No vacila en recurrir a algún falso cronicón para adelantar y adornar con leyendas la fundación del monasterio, pero publica un gran número de documentos de archivo, aunque no todos aquellos de los que había tenido conocimiento, por no haberlos sabido leer: indicio de una carencia de formación paleográfica en la Congregación de Valladolid.

Uno de los documentos que publica el P. Berganza es la auténtica *Crónica Emilianense*, encontrada en San Millán de la Cogolla. Un monje de San Millán, fray Juan del Saz, ya autor de la noticia de su monasterio que figura en el *Monasticon hispanicum* y el único en haberla firmado, vuelve a editar la *Crónica Emilianense*, pero con una traducción al castellano, indicio de que existe ya un público poco o no latinista, por tanto no clerical, interesado en publicaciones

³⁵ FEIJOO, «Paralelo de las lenguas castellana y francesa», TC, I, 15, § III, 13-14.

³⁶ MABILLON, *Traité des études monastiques*, II, cap. XII y XV.

³⁷ Archivo de la Abadía de Santo Domingo de Silos, ms. 77, *Carta al P. Balboa*, pág. 19.

³⁸ Ernesto ZARAGOZA PASCUAL, *Los generales de la Congregación de San Benito de Valladolid*, t. V (1701-1801), Abadía de Silos, 1984, pág. 357.

³⁹ De señalar sería José Antonio FERNÁNDEZ FLÓREZ, «La Congregación de Valladolid en el siglo XVIII», en Francisco Gimeno Blay (ed.), *Erudición y discurso histórico: las instituciones europeas (s. XVIII-XIX)*, Valencia, Universitat de València, 1993, págs. 101-128.

eruditas. Desgraciadamente suprime el editor unos pasajes que, según él, no van a interesar a los lectores y cree enriquecer la crónica acudiendo a los cronicones. Le falta información crítica a la erudición del P. Saz. Por otra parte tuvo el mérito de copiar, y así preservar, el cartulario del monasterio de San Pedro de Villanueva, donde se encontraba destinado en 1729⁴⁰.

También ha de tenerse en cuenta la edición en 1736, por fray Sebastián de Vergara, de una *Vida y milagros... de Santo Domingo de Silos* en la que ofrece a los lectores dos fuentes, que son el poema de Gonzalo de Berceo y la vida latina del santo por Grimaldo. Se anticipa el P. Vergara a la edición por Tomás Antonio Sánchez, en el último cuarto del siglo, de su *Colección de poesías castellanas* (Madrid, cuatro tomos, 1779-1790), con la que salía de nuevo a la luz la literatura medieval.

En otros ambientes, también entre aciertos, vacilaciones y pasos atrás van apareciendo varios intentos de historias locales fundadas en el examen de los archivos. Merecerían alguna síntesis. También debería tenerse en cuenta el intento de historia crítica de Juan de Ferreras con su *Historia de España* (Madrid, 1700-1727, dieciseis volúmenes), que levantó protestas en torno a hechos o personajes cuya realidad ponía en duda⁴¹. Una ciencia auxiliar de la historia, la paleografía, indispensable a la lectura de documentos de archivo, suscita vocaciones. Nasarre publica en Madrid, en 1738, una *Polygraphia española* cuyo autor, un fray Cristóbal Rodríguez⁴², pretende completar, para España, la paleografía de Mabillon, es decir su *De re diplomatica*. Veinte años más tarde (Madrid, 1758), el jesuita Esteban de Terreros y Pando completa con una *Paleografía española* su *Espectáculo de la naturaleza*, traducción del *Spectacle de la nature*, del abate Pluche. Sería obra de Burriel⁴³. Es el tomo XIII de una colección que se destina a un público instruido bastante extenso y parece significar que se juzga útil y posible interesar su curiosidad en una disciplina esencial en la erudición histórica.

Un objetivo de la investigación erudita a la que llamaba Sarmiento era la defensa de los bienes de la orden frente a la Hacienda Real y a los intereses

⁴⁰ *Registro de escrituras del monasterio de S. Pedro de Villanueva*. Publicado por José Manuel González y Joaquín Manzanares, Oviedo, Diputación del Principado de Asturias / IDEA / CSIC, 1955.

⁴¹ En cuanto a la polémica en torno a Ferreras, véase Jesús MAISO GONZÁLEZ, «La historia de España de Juan de Ferreras», *Estudis Castellonencs*, 6 (1994-1995), págs. 771-784, y del mismo, «La difícil penetración de la erudición crítica en la España del siglo XVIII», en Francisco Gimeno Blay (ed.), *Erudición y discurso histórico: las instituciones europeas (s. XVIII-XIX)*, Valencia, Universitat de València, 1993, págs. 179-192.

⁴² Véase Antonio MESTRE SANCHIS, «Gregorio Mayans y la publicación de la 'Polygraphia' española de Cristóbal Rodríguez», en Francisco Gimeno Blay (ed.), *Erudición y discurso histórico: las instituciones europeas (s. XVIII-XIX)*, Valencia, Universitat de València, 1993, págs. 51-72.

⁴³ JOSÉ SIMÓN DÍAZ, «Un erudito español: el P. Andrés Marcos Burriel», *Revista bibliográfica y documental*, 3 (1949), págs. 5-41.

de la «clase media hidalgoburguesa» de los foreros⁴⁴. Ya en 1733 le aconsejaba al padre general Bernardo Martín la constitución de un *Bulario* o *Cuerpo diplomático benedictino*⁴⁵. Era preciso que se copiasen y publicasen los archivos de todas las casas benedictinas: una obra de erudición a la vez historiográfica (y por tanto científica) y en alguna manera políticamente comprometida. En 1770, en una carta al padre Ruete, propone una reinterpretación llamativa de los principios de la vida monástica, *opus Dei, lectio divina, labor*: «Los ejercicios constitutivos del primitivo estado monacal deben ser tres: coro, archivo y agricultura»⁴⁶.

Aunque los capítulos generales de la Congregación de Valladolid no diesen claros ecos de llamamientos al estudio, hubieron de ser, así como las visitas de los generales, ocasiones para encuentros, intercambios, y puntos de partida para correspondencias. Así hubo de ir formándose en la Congregación de Valladolid una corriente de aspiraciones eruditas. En enero de 1761, por ejemplo, fray Pablo Rodríguez, profeso de Sahagún, le hace al P. Balboa sugerencias acerca de la recogida sistemática de documentos de interés jurídico e histórico en los monasterios. Desconfía de «los vulgares archiveros», capaces de engendrar apócrifos y lamenta que el carácter cuadrienal de los cargos no favorezca la adquisición de la indispensable competencia. Aconseja la institución de una comisión de expertos —«un cuerpo particular sano»— encargados de elegir los documentos por publicar bajo la dirección del P. Sarmiento⁴⁷. Competencia técnica, adaptación de las reglas usuales a la realidad, trabajo y reflexión en grupo, control centralizado son objetivos de tal corriente erudita que parecen coincidir con los de las Luces españolas.

Conocería Campomanes la existencia en la orden benedictina de factores favorables ya a una empresa erudita cuando, como presidente de la Real Academia de la Historia, le pidió al padre general Ruete (1769-1773) la designación de un cuerpo de monjes para una campaña investigadora de alcance nacional cuyo proyecto había sometido ya a la Academia en 1755 como *Índice universal diplomático de España*. Salen designados once religiosos, a su cabeza fray Domingo de Ibarreta, profeso de Silos y sin duda próximo a Sarmiento. Uno de ellos es fray Pablo Rodríguez, cuyas críticas a la amplitud del proyecto de Ibarreta y

⁴⁴ Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Barcelona, Ariel, 1976, pág. 421.

⁴⁵ Archivo de la Abadía de Santo Domingo de Silos, ms. 77, *Carta del 30 de mayo de 1736*, pág. 37.

⁴⁶ RAH, ms. 9-21-4-3976, *Carta al P. Ruete, 25 de junio de 1770*, pág. 276. Ver también Michel DUBUIS, «Virtud y letras. Fray Martín Sarmiento aboga por la aplicación a la lectura y al estudio en la Congregación de Valladolid», en VV AA, *Silos. Un milenio. Actas del Congreso internacional sobre la Abadía de Santo Domingo de Silos*, t. III, *Cultura*, págs. 589-600.

⁴⁷ Archivo de la Abadía de Santo Domingo de Silos, ms. 56, págs. 304-307.

a su método contribuyen al estancamiento de la empresa. No salen de ella sino obras individuales. Fray Romualdo Escalona publica la historia de Sahagún que dejó fray José Pérez de Rozas, acompañada con los documentos anejos, entre ellos crónicas útiles hoy a los medievistas, que así se salvaron del incendio del monasterio durante la guerra de la Independencia. Por el P. Ibarreta, que las mandó copiar (1774-1779), pudo Sánchez publicar las obras de Gonzalo de Berceo. En la Academia de la Historia se conservan las colecciones de documentos que dejaron el P. Ibarreta y el P. Abad y Lasierra, de la Congregación Claustral de Tarragona, que había deseado participar en la empresa, así como unos cistercienses, que dan testimonio del desarrollo en los monasterios del interés por los estudios históricos⁴⁸. ¿A qué pudo corresponder, en 1779, la nueva edición del *Tratado de los estudios monásticos* de Mabillon? ¿Se juzgaría que, en el mundo monástico como en la parte culta de la sociedad civil, existía ya un aprecio sensible a la erudición, histórica o más amplia?

La iniciativa de Campomanes tendería a dar lustre a la Academia de la Historia y se lo hubiera dado también a la orden benedictina. Hubiera contribuido útilmente a la historia medieval y moderna de España. Da testimonio de la atención que prestan ya los medios gubernamentales al fomento de lo que llamaríamos hoy la cultura.

La propensión a comunicar el saber y a provocar el deseo de saber tiene su ilustración en los dos viajes a Galicia de Martín Sarmiento y en los discursos que se alimentan de ellos. Sus apuntes le presentan entregado a la aventura intelectual a que le lleva su pasión por saber, atrayéndole hacia varias direcciones: arqueología, epigrafía antigua y medieval, botánica (con miras a la vez medicinales y lingüísticas), agricultura a veces, topografía, caminos y puentes, demografía y, claro, historia y defensa de los dominios de monasterios y prioratos. En sus escritos posteriores resurgen incidentes de sus itinerarios, conversaciones instructivas con campesinos, el encuentro con un artesano de pueblo que salvaguardó una inscripción antigua, o bien el recuerdo de una cura eficaz con la planta llamada carqueixa... Recordando la ignorancia en botánica de un cirujano de pueblo, se alegra de que se instituya en Madrid un jardín botánico, una de cuyas atribuciones tendría que ser la formación y averiguación de conocimientos de los profesionales de la sanidad.

En una carta de 1750 a su amigo fray Felipe Colmenero, prior de Juvia, muestra cómo se aplica a comunicarle su curiosidad por las plantas o sus com-

⁴⁸ ZARAGOZA PASCUAL, *Los generales de la Congregación de San Benito de Valladolid*, t. V, págs. 204-207. Acerca de Ibarreta, véase Rosa María BLASCO MARTÍNEZ y Virginia CUÑAT CISCAR, «Algunas notas inéditas sobre el corpus diplomático de Domingo Ibarreta», en Francisco Gimeno Blay (ed), *Erudición y discurso histórico: las instituciones europeas (s. XVIII-XIX)*, Valencia, Universitat de València, 1993, págs. 167-178.

binaciones etimológicas, cómo le inicia también en la lectura de manuscritos, la interpretación de fechas, mostrándole cómo la epigrafía puede venir en auxilio a la paleografía: un ejemplo de su esfuerzo por sembrar en su entorno la afición al saber erudito⁴⁹. A sus lectores e interlocutores señala cuestiones en suspenso como si quisiera poner en movimiento su deseo de saber y su reflexión.

Gran curiosidad siente por el idioma de su niñez, la lengua gallega, erradamente despreciada; ve en ella un recurso para su reflexión lingüística: «Me fecundé de muchas voces gallegas vulgares», declara⁵⁰. Desechando las conjeturas imaginarias o apriorísticas del siglo anterior, mira en la etimología un medio de conocimiento racional. La concepción científica que tiene de ella se expresa en el título de sus *Elementos etimológicos según el método de Euclides*. Se funda en la observación de los textos medievales castellanos así como del idioma gallego para intuir analogías y constancias en los procesos evolutivos desde el latín.

En 1751 se le pide a Sarmiento, por parte del Gobierno, un plan para una *Descripción general de España*. Es la época de la recogida de datos en toda España para el establecimiento de la contribución única y proporcional que proyecta Ensenada. Cree Sarmiento que hubiera sido ocasión para darle a aquella encuesta una ampliación geográfica y económica. Tiene en mente la ignorancia de su tiempo acerca de España y hace de su plan una evocación de todo el saber que se necesitaría adquirir en materia de geografía física y humana, botánica e historia natural, economía, administración o historia. No se olvida de aspectos de la vida social que hoy se relacionarían con la sociología: las costumbres y prácticas regionales o locales, las diversiones (o «divertimientos»), incluyendo en ellas los juegos de los niños, en suma un conocimiento amplio y diversificado de las manifestaciones de la naturaleza como de la vida social en todos sus aspectos. Esa descripción general estaría a cargo de una especie de academia, algo utópica en las circunstancias del tiempo, que se apoyaría en una multitud de informadores de todas clases, pues no se habría de despreciar a las viejas, conocedoras de las plantas, ni al más rústico pueblerino, que más sabe de su tierra que cualquier erudito de fuera.

A petición del conde de Aranda, redacta en 1757 su *Discurso sobre caminos*. En este, el recurso a la etimología de los topónimos puede ser una forma de

⁴⁹ Carta al P. Colmenero, 27 de enero de 1755, en *Viaje a Galicia de fray Martín Sarmiento (1754-1755)*, ms. de la abadía de Silos transcrito por Fr. Mateo del Álamo y Fr. Justo Pérez de Urbel, edición y notas de F. J. Sánchez Cantón y J. M. Pita Andrade, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, Anejo III, Santiago de Compostela, 1950, págs. 137-138.

⁵⁰ «Vida y viajes literarios de fray Martín Sarmiento», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, t. 27 (1972), pág. 333. En cuanto a su interés por el gallego podría verse: *O padre Sarmiento e o seu tempo*, II, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega / Universidade de Santiago de Compostela, 1997, págs. 15-192.

interesar a un personaje de los altos círculos del reino a la investigación arqueológica. La España romana podría ofrecer modelos para el trazado de caminos. En este discurso aparece un espacio de erudición y de observación crítica de España característico de la «crisis de la conciencia europea» del siglo ilustrado: la China, donde, a petición del «famoso y erudito emperador Cang-hi», unos pocos jesuitas establecieron un mapa de aquel vasto imperio. ¿Por qué no se había hecho aún lo mismo en España? Lamenta que el proyecto de Única Contribución no se haya aprovechado para reunir más amplios conocimientos de todos los pueblos, sus entornos y distancias. El de renovación de los caminos supondría el envío, a cada estudio de trazado, de una «academia andante» compuesta de matemáticos, ingenieros, peritos en geodesia, a los que acompañaría un «anticuario y erudito» encargado de dar cuenta de las huellas arqueológicas del pasado. Con optimismo y pasión por ver nacer el deseo de saber, cree que tal investigación serviría «para excitar a los curiosos»⁵¹.

Mucho espacio hemos dedicado solo a Sarmiento, pero podría él ser .mirado como símbolo de un movimiento erudito. No solo siente hastío por la enseñanza universitaria y su torpe latín, no solo se adhiere, leyendo a Nicolás Antonio, a la crítica de las falsas crónicas, no solo repite sus llamamientos a la imitación de San Mauro⁵², sino que destaca por su apertura intelectual a los muy variados datos que ofrecen la arqueología, la lengua o la naturaleza y los va combinando su inteligencia para abrir paso a nuevas formas del saber, a una historia de contenido social. Ejemplar resulta también poniendo en movimiento las inteligencias en su entorno. En este aspecto, otra personalidad que se destaca es Mayans, a cuya presencia e influencia en el mundo intelectual de su tiempo dedicó Antonio Mestre libros magistrales que dieron luz a nuestro campo de investigación⁵³.

El optimismo del P. Sarmiento, ocupado en comunicar a sus interlocutores su saber y sus interrogaciones acerca del pasado romano o prerromano de la

⁵¹ Fray Martín SARMIENTO, *Apuntamientos para un discurso sobre la necesidad que hay en España de unos buenos Caminos Reales, y de su pública utilidad*, en *Semanario erudito*, t. XX, Madrid, 1789, pág. 47. Véase Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS; «Martín Sarmiento (1695-1772), o la escritura como gabinete de curiosidades», en Elena de Lorenzo Álvarez (coord.), *Ser autor en la España del siglo XVIII*, Gijón, Trea, 2017, págs. 83-112.

⁵² Aparecen muchos títulos de obra de los maurinos en el *Catálogo de los autores de quienes yo, Fr. Martín Sarmiento, beneditino, tengo ad usum, o todas sus obras, o parte de ellas, o algun tomo suelto, y separado*. RAH, ms 9-9-5-1829.

⁵³ A su *Historia, fueros...*, ya mentado, añadiremos Antonio MESTRE, *Ilustración y reforma de la Iglesia. Pensamiento político-religioso de don Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781)*, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1968, y Antonio MESTRE, *El mundo intelectual de Mayans*, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1978. Entre los intelectuales relacionados con Mayans habría que destacar a José Finestres, jurista, catedrático de la universidad de Cervera, que animó a los jóvenes profesores jesuitas de su entorno a una renovación de la enseñanza del latín y del griego en los colegios de su provincia.

Península, contrasta con el pesimismo del deán Martí, tres o cuatro decenios antes. Vuelto a Valencia, emprende este un viaje a las ruinas de Sagunto; redacta una descripción del teatro, del que manda hacer dibujos. Del vecino municipio de Murviedro consigue una decisión de proteger las ruinas. Unos años más tarde, estando en Sevilla, descubre el anfiteatro de Itálica, del que compone otra descripción latina acompañada con dibujos. El municipio de Sevilla resuelve aprovechar las piedras para un dique contra las crecidas del Guadalquivir. Excepto un aristócrata anticuario, a quien sirve, sus investigaciones epigráficas en aquella ciudad no despiertan sino burla o sospechas. El desengaño que siente ante el poco interés por la arqueología que le parece observar en España hace que no intente editar sus descripciones y, pasados unos años, las mande a Montfaucon, que las publica, con los dibujos adjuntos, en *L'Antiquité expliquée*, de la que Martí es el único contribuyente español. Años más tarde, vende o da sus colecciones epigráficas, sus monedas o dibujos de medallas a coleccionistas o arqueólogos extranjeros.

Análogos desengaños conoce su discípulo Mayans. En 1734 había publicado unas *Cartas morales* de varios autores, a las que precedía una carta dedicatoria a Patiño, entonces en el poder, carta que editó también aparte como *Pensamientos literarios*. Influidor por Muratori, a cuya lectura le induciría Martí, le exponía Mayans al ministro la necesidad de una renovación de los estudios de historia con la edición crítica de las fuentes, enriquecidas mediante una exploración de los archivos. Presentaba, observa Mestre, «de manera sistemática y orgánica un proyecto viable de edición de fuentes documentales»⁵⁴. No le había llegado ninguna respuesta. Desengañado de su ilusión de renovar el ambiente intelectual madrileño, vuelve a Valencia en 1740. Decide allí, con el apoyo de amigos eruditos, fundar una *Academia valenciana*. Su fin es fomentar el reconocimiento de archivos y la recogida y copia de documentos históricos. Se extiende el proyecto a la historia natural y a la medicina. Se trataría, escribe Antonio Mestre, de «una reforma completa del pensamiento cultural español». Para conseguir la necesaria protección real se dirige Mayans al cardenal Molina, que no le contesta. Por falta de medios quedan en suspenso los proyectos de la Academia valenciana. «Pensar en la protección gubernamental en España era una utopía», observa Mestre⁵⁵.

Hacia 1750 parece producirse un cambio de perspectivas. La preparación de un nuevo concordato induce a los ministros a fomentar una erudición que podría llamarse comprometida en defensa de los intereses del rey, por ejemplo

⁵⁴ MESTRE, *Despotismo e Ilustración en España*, pág. 23.

⁵⁵ MESTRE, *Despotismo e Ilustración en España*, págs. 70-71.

en la determinación de los beneficios cuya atribución había de pertenecerle. Se manda examinar los archivos y monumentos de toda España. Ello es que, ya cuando estaba Macanaz en el gobierno, había emitido el Consejo un auto en que venía alabada la publicación por Aguirre de concilios nacionales que habían de constituir mejor fundamento para la enseñanza del derecho canónico que unos breves o decretos, o unas bulas papales poco favorables al ejercicio de las regalías⁵⁶. La investigación erudita resultaba ser un apoyo a la política real.

La firma del concordato en 1753 hubo de quitar algo de su necesidad inmediata a las investigaciones oficiales pero se había fomentado el movimiento de interés hacia los documentos y monumentos históricos. Tal vez merecería hacerse en esa perspectiva, si no se hubiera hecho, la historia de aquel concordato⁵⁷.

Entre las personalidades que participaron en aquella empresa merece señalarse José Luis Velázquez de Velasco, marqués de Valdeflores. A este le conoce Burriel⁵⁸ como regidor de Málaga y «mozo habilísimo». No habla de su *Ensayo sobre los alfabetos de letras desconocidas* (Madrid, 1752)⁵⁹, sino de su *Disertación sobre el teatro y ruinas de Acinipo*, de próxima publicación, pero que solo conocimos por el manuscrito que de ella queda en la Academia de la Historia. Aquella desidia española que le dolía a Feijoo y le había herido a Martí está presente en la mente de Valdeflores, que pretende borrar esa imagen de su nación que en el extranjero se ha esparcido. Se presenta como quien está trabajando «para ilustrar las antigüedades de su patria y para establecer el crédito de las letras de su nación en una materia en que cultivaron y dieron a conocer este linaje de erudición sabrosa de que tanto se jactan los extranjeros con desprecio de nuestra ignorancia y nuestra desidia»⁶⁰.

La expresión «erudición sabrosa» traduce aquel sabor al saber, o tal vez mejor al aprender, al enterarse, que esperaría compartir con los futuros lectores de su descripción de Acinipo, ciudad hispanorromana cercana a Ronda. Existiría ya un público curioso de la arqueología. Burriel da testimonio de cierta difu-

⁵⁶ Auto de 5 de diciembre de 1713, firmado por el abad de Vivanco y dirigido al rector y conciliares de la Universidad de Salamanca. Vicente de la FUENTE, *Historia de las universidades, colegios y demás establecimientos de enseñanza en España*, Madrid, 1884-1889, t. III, págs. 215-216.

⁵⁷ Véase José SIMÓN DÍAZ, «El reconocimiento de los archivos españoles en 1750-56» *Revista Bibliográfica y Documental*, t. IV (1950), págs. 131-151. Me señalan el estudio de José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ, *Fernando VI y la España discreta*, Madrid, Punto de Vista Editores, 2019 (ver págs. 94-95).

⁵⁸ BURRIEL, *Apuntamientos de algunas ideas para fomentar las letras*, pág. 203. Le llama «D. Luis Velázquez Cruzado».

⁵⁹ Martí también soñó con descifrar los caracteres de las monedas hispánicas prerromanas, sin conseguirlo. Véase *Emmanuelis Martini, Ecclesiae Alonensis decani, Vita*, págs. 280-287.

⁶⁰ RAH, ms. 11-5-1-966, núm. 29, *Disertación sobre el Teatro, y Ruinas de Acinipo escrita por D. Luis Joseph Velasquez de la Regia Sociedad de Sevilla*, págs. 27-28.

sión del interés por la numismática. Nombra a varios coleccionistas, entre ellos a Mayans, Sales, Piquer, Flórez..., y a Valdeflores, todos personajes cultos⁶¹. Y apunta que «hay gran número de curiosos en Cataluña y Aragón».

Encargado por Ensenada de visitar varias regiones de España, empezando por Andalucía, publica Valdeflores unas *Noticias del viaje de España* (Madrid, 1765) que tal vez dejarían entrever alguna difusión de aquella «erudición sabrosa» de la arqueología que él habría compartido con interlocutores suyos.

Así pues el compromiso de un erudito en una empresa de inspiración política pudo haber desembocado en la mejor información de un público curioso acerca del pasado de su tierra. Asimismo, empeñando a Sarmiento en apoyar la defensa de la hacienda de su orden, hubieron de conseguir los superiores de la orden que, a su contacto, se les revelase a otros monjes su propia curiosidad histórica.

En tiempos de Carlos III acabaron los jueces reales por darles la razón a los foreros contra los monasterios⁶². Otro ejemplo de lid jurídica apoyada en el estudio erudito y crítico de un documento histórico fue la *Representación contra el pretendido Voto de Santiago* que dirigió al rey el duque de Arcos en 1771. No consiguió el duque ser exonerado del tributo a la iglesia de Santiago, pero la *Representación* del jurista Robles Vives dejó en descrédito el diploma del rey Ramiro I⁶³. Apoyada en la diplomática, hubiera podido pues la erudición tener un alcance crítico a expensas de derechos establecidos en una sociedad marcada por el juego de privilegios.

En 1750 es cuando el padre Rávago, confesor del rey, propone otra empresa cuyo interés político hubiera sido quizás una reivindicación del prestigio cultural de España: reunir una comisión, dirigida por jesuitas, que pondría a nueva luz el patrimonio intelectual español. Al P. Andrés Burriel le encarga redactar un programa de obras por editar o por volver a publicar. Compone Burriel sus *Apuntamientos de algunas ideas para fomentar las letras*⁶⁴, en los que enumera el amplio legado de saberes de los siglos pasados, trátase de historia y otros géneros literarios, filosofía y teología, derecho, medicina y otras ciencias. El tra-

⁶¹ Véase Antonio MESTRE SANCHIS, «Hacia una gran colección de monedas antiguas en España. El padre Flórez y dos colaboradores suyos», *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 26 (2016), págs. 331-355.

⁶² Sobre la política de Carlos III acerca de los foros podrían consultarse: Baudilio BARREIRO MALLÓN, «La pragmática de perpetuación de foros. Intento de interpretación», *Compostellanum*, XVII (1972), págs. 73-116; Ramón VILLARES, «A provisión de 1763 revisitada», en *O padre Sarmiento e o seu tempo*, op. cit., págs. 209-224.

⁶³ Véase, al respecto, Ofelia REY CASTELAO, *La historiografía del Voto de Santiago: recopilación crítica de una polémica histórica*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1985.

⁶⁴ En ECHÁNOVE TUERO, *La preparación intelectual del P. Andrés Marcos Burriel (1731-1750)*, págs. 254-327.

bajo de Burriel viene a ser testimonio de una ampliación de la curiosidad por los conocimientos eruditos. Merecen atención las observaciones que acompañan esa enumeración. Solo nos detendremos en dos puntos. El interés que pone en los humanistas españoles del siglo XVI puede ser huella de la influencia de Mayans, con quien tiene correspondencia epistolar. Fue Martí, señala Mestre, un eslabón en la cadena de un humanismo cristiano que hace resurgir, a la entrada del siglo XVIII, algo del pensamiento del siglo XVI. Da a conocer la obra de Vives a su entorno. El mismo Codornú, jesuita, alude al «eruditísimo Luis Vives» en sus *Dolencias de la crítica*⁶⁵ dándole, con tal adjetivo, nueva ejemplaridad. Pero es Mayans el más notable representante de aquel renovado interés por Vives y sus contemporáneos.

Otra observación notable de Burriel es su crítica de la «supersticiosa nimiedad de mirar cualquiera traducción de la Biblia con más horror que las *Instituciones* de Calvino»⁶⁶. Deja ver así su espíritu innovador al mismo tiempo que erudito.

Hacia mediados del siglo también es cuando se concibe y empieza a aparecer en 1747 la *España sagrada* del padre Flórez, agustino, una historia de la Iglesia en España, hecha por diócesis y accesible a un público culto relativamente amplio, ya que viene redactada en castellano. Pretende Burriel haberle convencido de que publicara sus fuentes, entre ellas el cronicón de Idacio⁶⁷. Mayans denuncia los compromisos prudentes que restringen el valor crítico de la obra de Flórez. Las altas aprobaciones de que gozó le permitieron dar continuidad a su empresa. El éxito de la *España sagrada* es otra demostración del crecimiento de un público sensible a alguna renovación de la historiografía apoyada en procedimientos eruditos.

Entre fines del siglo XVII y principios del XVIII conoce notable auge el empleo de la voz *erudito*, viniendo a competir con *sabio* o *docto*. En 1695 lee Aguirre una carta de Montfaucon a un monje italiano en que le anuncia el envío de una «lista degli uomini dotti di Parigi circa di ogni sorte di materie erudite, e delle (sue) opere». Tacha Aguirre «dotti» sustituyéndole «più eruditi», como si se asociase mejor este adjetivo con el prestigio de los sabios de París⁶⁸.

La connotación de crítico que cobra *erudito* sugiere que su auge acompaña una corriente intelectual que desemboca en un cambio de mentalidad. El erudito no se satisface de unos razonamientos escolásticos algo abstractos

⁶⁵ MESTRE, *Ilustración y reforma de la Iglesia...*, págs. 339-340.

⁶⁶ MESTRE, *Ilustración y reforma de la Iglesia...*, pág. 289.

⁶⁷ MESTRE, *Ilustración y reforma de la Iglesia...*, pág. 276.

⁶⁸ Montfaucon a Gattola, 28 de marzo de 1695, en M. VALÉRY, *Correspondance inédite de Mabillon et de Montfaucon avec l'Italie*, Paris, 1846, t. II, lettre CCXC, págs. 180-183.

y que se valen de la analogía o de posibilidades imaginables. Paralelamente a una revolución científica que observa atentamente los fenómenos naturales, los mide y los hace objetos de experimentación, la erudición prefiere la historia a la filosofía aristotélica, fundándola en la observación activa, paciente y crítica de los archivos y los monumentos figurados o epigráficos. Comparando los procedimientos en la adquisición del saber, se explica la extensión del concepto de erudición a los conocimientos en varias ciencias, como se observa en algunos textos y como sugiere la obra de Feijoo.

El concepto de un «movimiento erudito» tendría en cuenta la difusión de un deseo del saber y del conocimiento de sus fuentes hacia ámbitos más amplios que los universitarios y clericales. La identificación del *erudito* y la *erudición* con un cambio de mentalidad, su coincidencia con actitudes críticas frente a unas formas de exponer el saber que ya no aparecen adaptadas al conocimiento del mundo, o frente a concepciones algo mitológicas de la historia, pueden explicar el empleo despectivo o incluso caricaturesco de estas voces por parte de oponentes a toda novedad. La difusión de una afición al saber en mundillos más preparados para las diversiones que para el estudio paciente hubo de desvalorar, primero en ambientes temerosos del cambio, el concepto del erudito. Lo atestiguaría el hallazgo expresivo del «erudito a la violeta», de más éxito que el mero *semierudito* o *semisabio*. No resulta sorprendente que Jovellanos suela preferir «sabio» a «erudito». El adjetivo «erudito», sin embargo, sigue siendo bastante llamativo para que Antonio Valladares lo ostente en el título de su *Semanario erudito* (1787-1791), en el que ofrece al público de la prensa periódica textos históricos, políticos o económicos, los más inéditos, de los siglos XVII y XVIII.

De tal desvaloración tal vez pudiérase sacar partido para promover la idea de un movimiento que conoce un declinar después de su auge. La lucha de unos pocos literatos por conseguir la desestimación de los falsos cronicones, más o menos relacionada con una pérdida de atracción de la filosofía aristotélica de la Escuela, la búsqueda de la realidad en la historia humana como en la historia natural, harían de ese «movimiento erudito» un componente de la Pre-Ilustración y uno de los caminos hacia las Luces. El recurrir el Estado a la investigación en archivos para afirmar los derechos del Rey frente al Papado incluye el estudio erudito entre los medios de construcción de una política ilustrada.

Merece quizás notarse que unos actores de las Luces se apoyan, en algún período de su carrera, en la erudición. No hablemos de Voltaire pasándose un mes, en 1754, en la abadía de Senones para consultar a Dom. Calmet mientras preparaba el intento de historia universal que fue su *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations* (1756). Campomanes se dio a conocer como helenista en la

tertulia de Sarmiento. Su primera publicación es *Antigüedad marítima de la república de Cartago: con el periplo de su general Hannon* (Madrid, 1756). En Nápoles redacta Ferdinando Galiani en 1746 un ensayo *Dell'antichissima storia delle navigazioni nel Mediterraneo* cinco años antes de publicar su tratado *Della moneta* (Nápoles, 1751), obra maestra de la reflexión económica en su tiempo, apoyada en estudios históricos. Más tarde llega a ejercer cargos notables en la diplomacia y la administración del reino. El pensamiento de un Jovellanos había de apoyarse en la erudición histórica⁶⁹.

La adopción y expansión de *erudito* y *erudición* se relacionan pues con la difusión de un deseo de adquirir saberes nuevos en todas las disciplinas. De la novedad de los conocimientos y sus procedimientos de adquisición han de nacer temores a romper con certidumbres establecidas; y se engendran resistencias en los mismos que se adhieren a la corriente erudita, dejándolos en posiciones intermedias. Ello es que el estudio erudito y crítico de los documentos históricos puede tener consecuencias sociales o políticas. Los actores del «movimiento erudito» animan a su paso o en su entorno la curiosidad por varios objetos de conocimiento y podría decirse que lo integran en la aspiración pedagógica que es un constitutivo del Siglo de las Luces. ¿Resultaría útil y conveniente el uso de este concepto? Ni soy quien me atreva a decidirlo, ni he sido su inventor. Se me queda como una pregunta y se la propongo.

⁶⁹ Véase Fernando BARAS ESCOLÁ, «Política e historia en la España del siglo XVIII: las concepciones historiográficas de Jovellanos», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXCI, II (1994), págs. 293-385. Les agradezco a los evaluadores de este trabajo el haberme sugerido referencias bibliográficas que pudiesen más al día una bibliografía en parte atrasada.